

Historia de una *fidelidad adulta*

150 años de *Civiltà Cattolica*

José M.^a de Vera, SJ*

EN 1946, cuando el viento de la Restauración y el laicismo sacudían Italia y ponían en vilo al Vaticano, los jesuitas discutían cómo afrontar la situación. Mientras que unos proponían lanzar una «hoja diaria» (un periódico) que llegara a las masas y reavivara las convicciones cristianas, otros se inclinaban por una revista científica de alto calado. Con respecto a la posible revista, las opiniones de los jesuitas volvían a dividirse entre permanecer a nivel teológico-filosófico, o remangarse para bajar a la plaza pública y ocuparse de los temas candentes, incluidos los políticos. La urgencia del momento pedía a gritos, decían sus partidarios, dejar la serenidad de las ideas y mancharse las manos con el barro de las calles. Pero la mención de temas políticos daba escalofríos al padre Juan E. Roothaan, Superior General de los jesuitas, que aún estaba empeñado en restañar las heridas de la supresión de la Compañía de Jesús (1773), causada en parte por acusaciones de injerencia política. El clima de Italia era tan borrascoso que el Papa tuvo que ausentarse de Roma, y el mismo Padre General se

* Director de la Oficina de Información de la Compañía de Jesús. Roma.

vio obligado a trasladarse a Marsella. Roothaan sabía que toda prudencia era poca para no hipotecar el futuro apostólico de la Compañía de Jesús. Por eso se oponía al proyecto de una revista que suscitara —otra vez— la ira de los partidos políticos.

Nacimiento pontificio

PERO nadie podía impedirle al padre Carlo María Curci hablar con el Romano Pontífice y exponerle sus ideas. Pío IX se mostró totalmente de acuerdo con el padre Curci y tomó sobre sí la tarea de llevar a cabo la fundación de una revista que se enfrentara con los problemas del día. El 26 de diciembre de 1849 Pío IX recibía en audiencia al Padre General Roothaan y le exponía «su» idea de comenzar una revista para defender las ideas católicas y el papado. Dejó que el Padre General le expusiera dificultades y temores. Pero tres audiencias más tarde, el 9 de enero de 1850, el Papa saltó por encima de todas las dudas que asaltaban al General de los jesuitas y le comunicó, con palabras que no admitían dudas, su decisión de fundar la revista. En aquel momento Roothaan depuso sus vacilaciones y se convirtió, con espíritu ignaciano, en el más ardiente impulsor del proyecto papal. En menos de tres meses, el 6 de abril de 1850, salía a la calle el primer número de la revista: *Civiltà Cattolica* había nacido. La idea de un jesuita, tozudo y perspicaz, y la decisión de un Papa angustiado pusieron en marcha una publicación que, después de 150 años, se gloria de ser *la revista más antigua entre todas las revistas italianas de hoy*.

La alta cuna de su nacimiento —en la misma estancia pontificia— no impidió que la revista fuera zarandeada por fuerzas políticas e intelectuales que querían hacerla portavoz de sus propias convicciones. De su primera sede en Nápoles tuvo que huir a Roma para escapar a la presión de los Borbones que buscaban justificación católica a su absolutismo. Más tarde *Civiltà* emigró de Roma a Florencia (1871-1887) para volver, definitivamente, a Roma en 1887.

La peregrinación geográfica es un incidente menor en la agitada vida de la *Civiltà*. Sus más sangrientas batallas se libraron en el campo de las ideas y en defensa del papado. Como afirma el padre Giuseppe de Rosa, el ideario de la *Civiltà Cattolica*, desde su mismo origen, era *servir a la Iglesia institucional; es decir la Iglesia histórica, con sus grandezas y sus miserias, en la plena convicción de que ésta es la Iglesia que Jesús fundó y que el Espíritu Santo anima y dirige*. Grandezas y miserias que la *Civiltà Cattolica* compartió.

Postura combativa

EL cardenal Achille Sivestrini, que durante muchos años siguió desde el Vaticano la marcha de la revista, habló en la conferencia de prensa de *una fidelidad adulta* por la que fue necesario pagar un precio. Los escritores actuales de la revista, a través del padre De Rosa, han ofrecido sin rubor un examen público de las posturas defendidas con ardor, y a veces con agresividad, cuando la Santa Sede así lo requería, aunque después tuvieran que cantar la palinodia. Sus editorialistas y escritores se inclinaron, por ejemplo, a favor de la pena de muerte. En la década de los años cuarenta-cincuenta, cuando se comenzó a hablar en la Iglesia de ecumenismo, la *Civiltà Cattolica*, que tenía una tradición fuertemente antiecuménica, recordaba a los católicos el deber de hacer frente a la propaganda protestante, que a impulso de la Reforma llevaba a la negación de la Revelación divina. *El libre examen es la tumba de la unidad*, proclamaban los jesuitas. Igualmente negativa y polémica fue la postura con respecto al judaísmo aunque, cuando los judíos comenzaron a ser víctima de la persecución nazi, la revista atenuó sus diatribas. El ataque a la masonería fue un «leitmotiv» en los artículos de la *Civiltà*. De 1859 a 1903 la revista trató de la masonería 103 veces; de 1904 a 1910, fueron 17; y de 1911 a 1925, los masones o la masonería aparecen 26 veces. Comenta el padre De Rosa: *más que la frecuencia impresiona la virulencia* con que la revista se enfrentó a la masonería. *He aquí el verdadero enemigo*, fulminaba un editorialista en 1884.

Civiltà Cattolica embistió también contra el liberalismo y el socialismo (*el infernal sistema del socialismo es parto legítimo del liberalismo*), y desconfió del movimiento sindicalista, en el que descubría *muchas cosas contrarias al Evangelio*. Por último, es ineludible recordar la defensa a ultranza del poder temporal del Papa y su dominio sobre Roma, que la revista consideraba *absolutamente necesario para la independencia y libertad de la Iglesia. Ningún Papa puede lícita y válidamente renunciar a ellos*. Esta postura tan radical no la compartían todos los miembros del equipo de escritores y, menos que ninguno, el fundador de la revista, el padre Curci. Después de haber adoptado una postura inicial a favor de los estados pontificios, el padre Curci llegó a la conclusión de que no eran ni necesarios ni defendibles, y aconsejaba, en contra de la política oficial del Vaticano, forjar un compromiso con el Estado italiano. La situación del padre Curci en *Civiltà Cattolica* —nacida para «defender el papado»— se hizo insostenible. El fundador dejó su cargo y salió de la Compañía de Jesús. Poco antes de morir (1891), Curci se reconcilió con la Orden y fue admitido de nuevo.

Cambio de actitud

UNA somera lectura de *Civiltà Cattolica* en estas últimas décadas muestra claramente el giro copernicano de autores y editorialistas. Ante esta evolución, el respetado historiador Alberto Monticone, maestro en el arte italiano del lenguaje, ha hablado con admiración de la *sinuosidad* de la *Civiltà Cattolica* en su marcha por los intrincados recovecos de 150 años de historia. No han sido, ciertamente, una renuncia a principios vitales ni un rendimiento a la moda, sino una lectura de los fenómenos político-culturales a la luz que proporcionaba la época. En los años en que la *Civiltà Cattolica* combatía, feroz e intemperadamente, el liberalismo o la masonería, por ejemplo, liberales y masones atacaban a la Iglesia con mayor saña. La polémica era el lenguaje del día y los jesuitas lo aprendieron bien. La tolerancia, el diálogo, el respeto a posturas divergentes y a la legítima libertad de expresión no habían obtenido aún carta de ciudadanía.

Como el fundador de la revista, otros jesuitas no estaban siempre de acuerdo con la postura vaticana, que también osciló durante los sucesivos papados. De aquí viene esa «sinuosidad» de que habla el profesor Monticone, y la expresión tan exquisitamente aséptica del General de los jesuitas, en el saludo que le dirigió a Juan Pablo II, en la audiencia que concedió el 22 de abril de este año a los jesuitas y colaboradores de la *Civiltà Cattolica*: *Las casi cuatrocientas mil páginas publicadas hasta ahora reflejan la fisonomía de diez pontificados. Ajustarse al carisma tan diverso de tantos y tan eminentes Sumos Pontífices, en una época de tantos cambios, no ha sido fácil.*

La *Civiltà Cattolica* fue antimodernista porque reflejaba el antimodernismo de la Iglesia y de los Papas que la gobernaban. Con una honradez profesional que les honra, los actuales escritores de la *Civiltà Cattolica* añaden, al análisis histórico de las razones que llevaron a la revista a esas posturas, una nota melancólica que Tucídides podría haber firmado: *Los hombres —dicen hablando de sus predecesores— aun los que están particularmente dotados de inteligencia, son hijos de su tiempo y difícilmente logran sustraerse al influjo que ejerce sobre ellos el modo de pensar y de sentir, la «mentalidad», de una cierta época histórica.*

150 años después

EL equipo actual conserva las características, un tanto anómalas, de su trayectoria histórica. La *Civiltà Cattolica* es

una revista a cargo de los jesuitas, bajo la responsabilidad directa del Superior General de la Compañía de Jesús, en la que sólo escriben jesuitas. Sin embargo, se trata de un instituto de derecho pontificio, regido por estatutos pontificios que sólo un Papa puede cambiar. A pesar de eso, la revista no representa al Vaticano de un modo oficial ni oficioso. Antes de publicar los artículos –dos veces al mes– la Secretaría del Estado Vaticano recibe los manuscritos, que no siempre son aceptados: el rechazo o las exigencias de enmiendas no son raras. Quizá haga falta aprender el «vaticanes» para entender que, a pesar de todo lo dicho en el párrafo anterior, la *Civiltà Cattolica* es de los jesuitas, está abierta a varias orientaciones, no está sometida a la censura, y no representa al Vaticano... En lenguaje un poco críptico, el actual director dice con elegancia romana: *Los artículos de la «Civiltà Cattolica» se escriben en sintonía con la Santa Sede...*

El cardenal Silvestrini, citado al comienzo, acuñó quizá la frase más fecunda en el intento de resumir 150 años de historia: *una fidelidad adulta que tuvo un precio*. No fue necesariamente servilismo, ni fanatismo, ni maquiavelismo lo que movió a los jesuitas a la defensa del papado. La historia nos dice que atacaron molinos de viento porque los vieron con atuendos que los declaraban enemigos de la humanidad y el cristianismo. De algunas batallas volvieron heridos porque se lanzaron a pecho descubierto y porque a la luz tenue de una nueva concepción de la humanidad y del catolicismo –antes del Concilio Vaticano II– no estaba clara la línea de demarcación. Tropezaron en algunas piedras del camino, pero no lo abandonaron. Sabían que por ahí se avanzaba hacia una meta segura aunque no la divisaran. Por eso pagaron el precio de la fidelidad a la Iglesia histórica, santa y pecadora, y soportaron sus propias limitaciones. Ése fue el precio de la fidelidad adulta que la revista ha celebrado.